

## Visión escéptica en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”

*Revista de estudios  
hispanicos  
vol. 20, 1, 1990*

A mi hermana

El sueño va sobre el tiempo  
flotando como un velero  
Lorca. *Así que pasen cinco años*

DENTRO de la abundante y variada bibliografía dedicada a la obra borgiana, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” ha venido destacándose tras el constante interés que ha despertado en la crítica literaria. Dicho relato ha sido objeto de una valiosa labor interpretativa presente no ya en obras generales y estudios críticos sobre Borges sino en ensayos dirigidos más específicamente a su interpretación. Martin Stabb señala la dificultad que caracteriza a esta empresa, ya que “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” entra en una categoría intermedia al incorporar elementos de ficción ensayística con los del cuento propiamente dicho. Comenta, a su vez, que “Tlön” “is a tour de force of literary gamesmanship, of playful philosophizing, of linguistic dabbling and of urbane humour” (100). Junto a observaciones de esta índole, se ha subrayado con mayor o menor énfasis la actitud escéptica que, en general, se desprende del pensamiento borgiano, encontrando en Tlön una de sus expresiones más representativas. Queda, sin embargo, por precisar la naturaleza de dicho escepticismo, así como los postulados filosóficos en los que se basa. Falta por desentrañar el sentido de lo que en apariencia pretende ser tan

sólo “linguistic dabbling.” Con el intento de evitar una ociosa repetición de las tesis comúnmente aceptadas el presente estudio se dirige a esclarecer el sentido del escepticismo borgiano en “Tlön,” explorando la conexión que éste guarda con uno de los mayores exponentes del pensamiento escéptico: David Hume.

La familiaridad de Borges con la tradición filosófica británica se hace evidente a lo largo de su obra. Conocida es su simpatía hacia la doctrina de Berkeley, así como el interés que en él suscitan los estudios de John Wilkins sobre el lenguaje. Dicha familiaridad tiene, sin embargo, un alcance mayor del que hasta ahora se ha venido asumiendo. Borges mismo ha dado muestra en su obra de la atención que en él ejercen las doctrinas de Berkeley y de Hume. “Tlön,” “Funes el memorioso” y “La busca de Averroes” son ejemplos de un hecho que no se limita a registrar una preferencia filosófica. En su ensayística Borges incorpora los tópicos más comunes de esta tradición, enriqueciéndolos con sugestivas observaciones. Así por ejemplo, en “Nueva refutación del tiempo” — ensayo que guarda un estrecho vínculo con “Tlön” — declara, dentro del espíritu irónico que su título evoca, haber deducido de las premisas epistemológicas de Berkeley y de Hume “la consecuencia inevitable de su doctrina.”<sup>1</sup> Esta tarea supone, al menos en principio, la aceptación de los planteamientos críticos con los que Berkeley y Hume cuestionan los postulados filosóficos de la época.

En sus alusiones al filósofo escocés, Borges ha incluido también referencias a la obra de sus críticos, destacando a uno de los más eminentes: Norman Kemp Smith.<sup>2</sup> No obstante, la presencia de Hume, de la filosofía británica del “common sense,” apenas ha sido señalada en la obra de Borges. Se ha mantenido unánimemente un hecho incuestionable: “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” apunta a la existencia de un planeta imaginario donde “the basic tenets of Berkeley’s idealism have been accepted as the fundamental world view” (Stabb 100). Sería un error, sin embargo, considerar que la cosmovisión implícita en el lenguaje y las ciencias de Tlön, se enmarca única y exclusivamente dentro de dicha doctrina. Conviene recordar la irónica perplejidad que se desprende de las páginas borgianas ante la imposibilidad de una empresa utópica; imposibilidad que, según confesión de Borges, le conduce “a estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aun por lo que encierran de sin-

gular y maravilloso. Esto es, quizá, indicio de un escepticismo esencial” (OI 192). Muy distinto es el caso de Berkeley. El título de una de sus obras, *Three Dialogues between Hylas and Philonous, in Opposition to Sceptics and Atheists*, señala abiertamente su postura. En dicha aclaración, Berkeley manifiesta una vez más su adhesión al sistema de creencias expuesto insistentemente en *The Principles of Human Knowledge*.<sup>3</sup> En esta obra subraya que la raíz del escepticismo se encuentra en la “absurda aceptación” de un mundo dual, postulando la existencia material de “objetos reales” no captados por la mente tras el mundo de ideas que ésta percibe:

We have been led into very dangerous errors, by supposing a two-fold existence of the objects of sense- the one intelligible or in the mind, the other real and without the mind, whereby unthinking things are thought to have natural subsistence of their own . . . This, which, if I mistake not, has been shown to be a most groundless and absurd notion, is the very root of scepticism (*Principles* 107-108).

Una de las empresas que Borges lleva a cabo en “Tlön” es entrelazar elementos de un mundo imaginario, utópico, con elementos del mundo que nuestro sentido común considera “real.” Las descripciones que acompañan al primero, en torno al carácter del lenguaje, de su ciencia y de su metafísica, son fruto de una postulación inmaterialista de la realidad; postulación que genera un “sentido común” de naturaleza totalmente opuesta al que de ordinario estamos sujetos. Borges mismo apunta esta distinción: “Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción. Este dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra, del todo falso en Tlön.”<sup>4</sup> El cosmos ficticio que Borges presenta es resultado de llevar, tal y como hizo Hume, la premisa berkeleyana *esse est percipi* a sus últimas consecuencias. Se desemboca en una actitud escéptica opuesta a los dictados del sentido común y, por esta razón, de imposible aplicación práctica.

La facultad racional en su ejercicio crítico se halla, según Hume, inevitablemente limitada y “refutada” por una fuerza de signo opuesto, caracterizada por la congénita necesidad de una afirmación inocente y acrítica. Este, como indica Borges, no es el caso de Tlön, donde — irónico contraste! — el sentido común se halla supe-

ditado a una actitud racional de índole escéptica. Camino sin salida. Situación humanamente imposible dados los límites impuestos

por un lenguaje anclado en la postulación acrítica de la realidad. Tal es, como comprueba Hume, la consecuencia inevitable de la doctrina berkeleyana; doctrina que, según admite Borges en “Nueva refutación del tiempo,” es fácil de comprender; “lo difícil es pensar dentro de su límite” (OI 173). De ahí que Hume mantuviera, contrariamente a la opinión del obispo irlandés que los escritos de este “ingenous author form the best lessons of skepticism” (*Inquiry* 163). Así pues, observa Hume, aun creyendo Berkeley haber dirigido su obra “against the atheists and free thinkers . . . his arguments, though otherwise intended, are in reality merely skeptical” (*Inquiry* 163). La prueba de ello yace en la misma naturaleza humana, pues dichos argumentos, según Hume, “admit of no answer and produce no conviction.”<sup>5</sup> El sentido común opera como una fuerza contraria a la razón, afirmando lo que ésta niega o pone en duda: la continua existencia de objetos-no-percibidos y la de un yo-perceptor, así como la presencia de un “nexo causal” rigiendo lo que la mente sólo percibe como sucesión de imágenes. Tal es el sentido de la perplejidad e ironía que muestra la doctrina humeana: los planteamientos escépticos, aun no admitiendo réplica, no pueden convencer dada su inviabilidad práctica.

La necesidad de la afirmación, como condición impuesta por la vida misma, es una propiedad constante de la obra humeana no menos significativa que su dimensión escéptica. La creencia en un mundo externo, aun siendo refutada coherentemente, es un hecho que, según Hume, no depende de nuestra voluntad:

Thus the sceptic still continues to reason and believe, even tho' he asserts, that he cannot defend his reason by reason; and by the same rule he must assent to the principle concerning the existence of body, tho' he cannot pretend by any arguments of philosophy to maintain its veracity. Nature has not left this to his choice (*Treatise* 187).

Hume es, a lo largo de su obra, consciente de la inviabilidad práctica de sus propios planteamientos críticos. Asimismo Borges. El fino humor que preside las descripciones del supuesto lenguaje en Tlön no es ajeno a esta doctrina. Muy al contrario, parece corroborarla.

La fascinación que Borges siente por una empresa utópica viene acompañada de una perplejidad estética, no exenta de ironía. Cualquier lengua — ficción humana — tropieza con la dificultad de apresar

en su código lingüístico la multiplicidad y riqueza de la realidad percibida:

Esperanzas y utopías aparte, acaso lo más lúcido que sobre el lenguaje se ha escrito son estas palabras de Chesterton: “El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal” (OI 106).

Tintes y matices representables paradójicamente por un código lingüístico caracterizado como un “mecanismo arbitrario de gruñidos y chillidos” (OI 106).

El empeño por idear un idioma universal en el que cada palabra se define a sí misma—siendo la relación significante/significado necesaria—no es menos utópico que el lenguaje de Tlön (OI 103). En el idioma analítico de John Wilkins, los signos lingüísticos han sido ideados con el propósito de evitar que éstos sean “torpes signos arbitrarios” (OI 104). La práctica, sin embargo, desmiente dicho intento, dado que, según Borges, “no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural” (OI 105). La imposibilidad de crear un lenguaje que abarque los pensamientos humanos en su totalidad yace en el carácter limitado de aquél, sujeto a una necesidad congénita por “clasificar,” “nombrar” y “sustantivizar” los datos sensoriales de la conciencia.

En su estudio sobre el escepticismo borgiano, R. S. Mills considera absurdo el intento de subordinar la totalidad de la experiencia a un sistema, ya que “cualquier racionalización desemboca necesariamente en una simplificación de la experiencia” (129). El lenguaje ordena la realidad. Los nombres, según Mills, se inventan por cuestión de conveniencia para clasificar los innumerables datos sensoriales (131). Conviene indicar que tanto para Hume como para Borges más que una cuestión de conveniencia se trata de una necesidad impuesta por la naturaleza vital de la creencia misma—“natural belief”—reflejada en el lenguaje. Tal hecho, sin embargo, no es aplicable a las naciones “congénitamente idealistas” de Tlön (T 20). En el hemisferio austral de este planeta el lenguaje comporta un orden en el que “no hay sustantivos” (T 20). De ahí que para sus habitantes los objetos percibidos carezcan de una existencia continua e independiente de la mente que los percibe. El mundo de sustancias se desvanece. Se presupone de este modo una concepción inmaterialista de la realidad para la que el universo está representado

no como “un concurso de objetos en el espacio,” sino como “una serie heterogénea de actos independientes” (T 20). El lenguaje refleja un mundo “sucesivo, temporal, no espacial” (T 20). Borges añade a estas “deshumanizadas” descripciones un dato explicativo: la célula primordial de este lenguaje ficticio no es el sustantivo, sino el verbo impersonal. Conviene observar que tal concepción inmaterialista sobrepasa la doctrina berkeleyana, según la lectura que Borges hace de ésta, indicando que “Berkeley afirmó la identidad personal” (OI 174). Sí se identifica, en cambio, con el “vertiginoso” universo revelado en el pensamiento escéptico de Hume, quien — como señala Borges — la refuta (OI 174).

Cuestionando uno de los postulados metafísicos más comúnmente aceptados por la tradición filosófica, Hume confiesa en un famoso pasaje de su obra — citado por el mismo Borges en “Nueva refutación del tiempo” — “I may venture to affirm of the rest of mankind, that they are nothing but a bundle or collection of different perceptions, which succeed each other with an inconceivable rapidity, and are in a perpetual flux and movement” (*Treatise* 252; OI 183). Queda fuera de duda que es éste uno de los temas centrales en la obra de Borges. En su temprano ensayo “La nadería de la personalidad,” dentro de un espíritu crítico muy afín al del filósofo escocés, sostiene:

No hay tal yo de conjunto. Equivócase quien define la identidad personal como la posesión privativa de algún erario de recuerdos. Quien tal afirma, abusa del símbolo que plasma la memoria en figura de almacén, cuando no es sino el nombre mediante el cual indicamos que entre la innumerabilidad de todos los estados de conciencia muchos acontecen de nuevo en forma borrosa. . . . Nadie, meditando, aceptará que en la conjetural y nunca realizada ni realizable suma de diferentes situaciones de ánimo, pueda estribar el yo (*Inquisiciones* 85–86).

La identidad personal, según Hume, “is only a fictitious one” (*Treatise* 259). Queda reducida a un mero nombre sin apoyo referencial. En su lugar se halla “un mundo de impresiones evanescentes” (OI 174); de percepciones, en definitiva, que varían en grado de intensidad, siendo las ideas y los recuerdos “faint images” de innumerables y efímeras impresiones (*Treatise* 1). Lejos, sin embargo, de enmarcar su doctrina en un pensamiento dogmático esencialmente negativo, Hume concluye en el *Tratado* sus observaciones sobre la identidad personal con el reconocimiento de su propia ignorancia: “I find myself involv'd in such a labyrinth, that, I must confess, I

neither know how to correct my former opinions, nor how to render them consistent” (*Treatise* 633). El mundo externo es, a su vez, producto de una ficción, “a fiction of the imagination” (*Treatise* 200–201). También para Borges, como se ha observado frecuentemente, el mundo percibido por la mente humana es una invención o un sueño.

La descripción del lenguaje en el hemisferio boreal muestra, con singular ocurrencia y genialidad, el espontáneo choque que se opera en la mente al intentar alejarnos de nuestra congénita necesidad de suponer un mundo de objetos materiales. En “La alegoría del pensamiento,” Gisele Bickel subraya “la falta de autonomía” del lenguaje humano, pues en él la palabra “no puede existir sin un soporte, sin un mundo que le sirva de referente” (299). Lo curioso, según Bickel, es que la “mayor anomalía” de la obra borgiana consiste en expresar lo que el lenguaje “se resiste a formular.”<sup>6</sup> Dicha observación revela el carácter utópico, esencialmente irónico, de las descripciones sobre el lenguaje pertenecientes al supuesto planeta.

Fuera de estos principios lingüísticos aplicables de manera exclusiva a Tlön, Borges sorprendentemente continúa su trabajo convirtiendo esta vez su ficticio planeta en espejo de la tierra. Las reflexiones sobre el conocimiento científico muestran este objetivo. La invalidez racional de la ciencia es una de las constantes del pensamiento escéptico humeano. En Tlön se nos indica que “un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos” (T 23); subordinación que no deja de ser arbitraria, dado el carácter contingente de la actividad cognoscitiva. El universo es un proceso mental de continuas asociaciones de imágenes, carentes de un vínculo lógico, necesario. De ahí la provisionalidad de los enunciados científicos: “That the sun will not rise tomorrow is no less intelligible a proposition and implies no more contradiction than the affirmation that it will rise. We should in vain, therefore, attempt to demonstrate its falsehood” (*Inquiry* 40).

Partiendo de la premisa *esse est percipi*, Hume se ve obligado a reconocer en la ciencia su carácter de provisionalidad. Tal es el caso del planeta imaginado. Tlön no es un mero caos. Es, como indica Borges, un cosmos regido por leyes . . . leyes resignadas a una formulación provisional (T 20). A través de la observación aprendemos, según Hume, que un suceso viene seguido de otro. Dicho vínculo, sin embargo, es para la mente humana un hecho contingente: “Whatever is may not be” (*Inquiry* 171). La relación “causal”

que sin fundamento lógico se infiere de una mera sucesión de fenómenos parece ser tan inexplicable como el azar: “Though there be no such a thing as chance in the world, our ignorance of the real cause of any event has the same influence on the understanding and begets a like species of belief or opinion” (*Inquiry* 69). Dicha relación, si bien carece en última instancia de justificación racional, comporta al menos un orden.

Tlön, al igual que el universo revelado tras la aplicación de los principios críticos humeanos a la experiencia, está regido por asociaciones de imágenes carentes de vínculo necesario: “Explicar un hecho es unirlo a otro” (T 22). La ciencia queda invalidada, reducida a una habitual asociación de percepciones: una humareda en el horizonte, un campo incendiado, un cigarro a medio apagar, son ejemplos de asociación de ideas (T 22).

El filósofo escocés, siguiendo la ardua empresa que inició en el *Tratado*, vuelve a confirmar su planteamiento en su primera *Inquiry*:

The scenes of the universe are continually shifting, and one object follows another in an uninterrupted succession; but the power or force which actuates the whole machine is entirely concealed from us and never discovers itself in any of the sensible qualities of body. We know that, in fact, heat is a constant attendant of flame; but what is the connection between them we have no reason so much as to conjecture or imagine (*Inquiry* 75).

El planeta ficticio llega, en este sentido, a identificarse con el nuestro. Los límites que separan los dos mundos se cuestionan tras la sutil incorporación de elementos del mundo real — amigos y conocidos de Borges, Buenos Aires, etc. — en el de la ficción. Al final del relato dichos límites, sorprendentemente, terminan siendo ilusorios. La realidad ficticia del supuesto planeta queda convertida en proyección e imagen reflejada de nuestro cosmos: el mundo se convierte en Tlön.

Las naciones “congénitamente idealistas” del planeta imaginario, aludidas con imparcial y erudito interés por la voz narrativa, parecen ser en un primer término diametralmente opuestas al sentido común — materialista — de los habitantes del planeta Tierra. La respuesta que Hume da a Berkeley y a su propio escepticismo es, según indica Borges, del todo verídica en su aplicación a la tierra, del todo falsa en Tlön (T 20). El lector, de esta manera, contrasta dos mundos supuestamente diferentes. Tlön es el producto de la aplicación



extrema que Hume hace del principio *esse est percipi*: un mundo vertiginoso, de anónimas impresiones fugaces que se suceden incansablemente; un mundo revelado por la razón, sí, pero que a los ojos de nuestro sentido común no deja de ser “extravagante” e “ininteligible.” Es el mundo extravagante del pirronismo, aludido tantas veces por Hume, cuyos argumentos son lógicos, inconstestables, pero irónicamente inviables a nivel humano. Es el mundo ininteligible de los lenguajes de Tlön, que paradójicamente se hallan inspirados en principios racionales. Poco a poco, sin embargo, y en contra de las expectativas del lector, Tlön va misteriosamente acercándose a nuestro mundo, hasta invadirlo e identificarse con él. De manera progresiva, casi imperceptible, y con sutil ingenio, Borges incorpora en las descripciones del ficticio planeta elementos de nuestro mundo, del mundo que nuestro sentido común considera real. Así por ejemplo, el panorama científico de Tlön llega a asemejarse tanto al nuestro que se convierte en su espejo paródico; espejo de un mundo del que nosotros hacemos uso e ideamos aquí, en este planeta que, espontáneamente y a diferencia de los habitantes de Tlön, concebimos poblado de objetos extensos en el espacio, perdurando en el tiempo.

Es, pues, necesario señalar en este punto, origen de disparidad en la crítica, que en realidad Tlön se ajusta a las distintas, e incluso contrarias, interpretaciones que se han anticipado sobre su supuesta naturaleza. Tlön, efectivamente, encierra elementos de intencionado contraste y distanciamiento con respecto a nuestro planeta. Prueba de ello son sus lenguajes y la correspondiente *Weltanschauung* que connotan. En un principio pensamos que el mundo de Tlön está tan deliberadamente alejado del nuestro como la ficción lo está de la realidad. Pero a medida que el lector avanza en el relato, una inquietante sospecha emerge tras la progresiva aparición de elementos que le son familiares. Finalmente, lo que entonces era inesperada sospecha se torna perplejidad al descubrirse un “Orbis Tertius”: es la vuelta a nuestro propio mundo a través de los ojos de la ficción. El *contraste* deja paso a la *semejanza*. Los límites entre la ficción y la realidad nuevamente se borran, dejando en este relato la marcada huella de su autor.

“Un Tercer Mundo buscaremos”—el atrevido e ingenuo lector podría objetar—“ni el de Tlön ni el nuestro, sino otro mundo, el real.” La respuesta de Borges no se hace esperar: “Este / Será como

los otros una forma / De mi sueño, un sistema de palabras / Humanas.” Nuestra casa, como la de Asterión, nuestro lenguaje, nuestra prisión, nos conducirá indefinidamente a otras ficciones. No sin razón se ha observado en repetidas ocasiones un hecho que A. Echevarría resume así: “‘Tlön, Uqbar, Orbis Tertius’ está estructurado al modo de las muñecas rusas o las cajas chinas. Un mundo fantástico contiene un segundo mundo fantástico que, a su vez, contiene un tercero” (163).

Borges viene a compartir, ilustrando imaginativamente con eficacia, la famosa declaración con la que Wittgenstein concluye su *Tractatus Logico-Philosophicus*: “What we cannot speak about we must pass over in silence” (74).

Tlön es un laberinto, sí, pero al fin y al cabo es un mundo ordenado, “urdido por hombres y destinado a que la empresa humana lo descifre” (T 34). Un laberinto que desemboca en la total negación del tiempo y en la aceptación de una hipótesis panteísta para la cual existe “un solo sujeto,” eterno, indivisible (T 26). Fuera del limitado esquema del universo, de nada sirve afirmar que la realidad está ordenada: “Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas — traduzco: a leyes inhumanas — que no acabamos nunca de percibir” (T 33–34). R. S. Mills subraya con insistencia la opinión generalizada de que, aun ignorando lo que es la realidad, y si está sujeta a un orden, Borges “does not suggest, however, that we should abandon our attempts to find an explanation.”<sup>8</sup> ¿Depende, acaso, de nuestra voluntad tomar tal decisión? La respuesta de Borges parece ser clara: “La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede, sin embargo, disuadirnos de planear esquemas humanos, aunque nos conste que éstos son provisorios.”<sup>9</sup>

Jaime Alazraki señala como tema principal de “Tlön” lo que él domina “tragedia epistemológica” (8). Dicho apelativo resume, sin agotar su doctrina, el Libro 1 de *A Treatise of Human Nature*, base epistemológica de la doctrina de Hume, quien con poética dramatización confiesa:

Methinks I am like a man, who having struck on many shoals, and having narrowly escap'd ship-wreck in passing over a small frith, has yet the temerity to put out to sea in the same leaky weather-beaten vessel, and even carries his ambition so far as to think of compassing the globe under these disadvantageous circumstances (*Treatise* 263–264).

Empresa inútil. Sin embargo, "We have . . . no choice left but betwixt a false reason or none at all" (*Treatise* 268). El mundo ficticio que Borges presenta en "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" deja entrever dicha conclusión.

St. John's University  
Collegeville, MN

#### NOTAS

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones* (Madrid: Alianza, 1979) 171. Las citas de esta edición van seguidas entre paréntesis, después de las iniciales OI.

<sup>2</sup> OI, 170. A diferencia de lo que generalmente se había mantenido, Norman Kemp Smith subraya el factor naturalista en la doctrina humeana, siendo en este caso el naturalismo, no el escepticismo, su rasgo predominante. Para el estudio de los papeles que juegan en la doctrina de Hume los términos "reason"—más específicamente "understanding"—y "natural belief," consúltese la clásica obra de Kemp Smith, *The Philosophy of David Hume*, o su artículo "The Naturalism of David Hume."

<sup>3</sup> Respondiendo a la postura escéptica sobre la falibilidad de la razón humana, sostiene que "perhaps, we may be too partial to ourselves in placing the fault originally in our faculties, and not rather in the wrong use we make of them. . . . We should believe that God has dealt more bountifully with the sons of men than to give them a strong desire for that knowledge which he had placed quite out of their reach" (Berkeley, *Principles* 46).

<sup>4</sup> Borges, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" en *Ficciones* (Buenos Aires: Emece, 1956) 20. Las citas de esta edición van seguidas de la página entre paréntesis, después de la inicial T.

<sup>5</sup> Hume, *Inquiry* 163. Borges cita con frecuencia esta observación de Hume. Véase "La postulación de la realidad" en *Discusión* (67); "The Assumption of Reality" (194).

<sup>6</sup> Bickel, 305 (el subrayado es mío).

<sup>7</sup> El "tercer tigre" como el concepto de "Orbis Tertius" cumplen en el universo de metáforas borgianas la misma función. Véase el poema "El otro tigre," incluido en *El hacedor*, de donde está sacada la cita (139). Para la interpretación filosófica de "Orbis Tertius" refiero al lector al concepto kantiano de mundo nouménico, i.e., la realidad última a la que apunta todo afán metafísico. El tema sobre el contraste y la semejanza que Tlön guarda con respecto a nuestro mundo requiere un amplio planteamiento epistemológico. En mi estudio, *Jorge Luis Borges and David Hume: Their Epistemological Approach to the External World and the Self*, que actualmente elaboro, recojo con más amplitud la comparación.

<sup>8</sup> Mills, 129 (el subrayado es mío).

<sup>9</sup> OI, 105 (el subrayado es mío).

## OBRAS CITADAS

- Alazraki, Jaime. *Jorge Luis Borges*. New York: Columbia UP, 1971.
- Berkeley, George. *The Principles of Human Nature*. Ed. G. J. Warnock. London: Collins, 1975.
- . "Three Dialogues between Hylas and Philonous." en *Philosophical Writings*. Ed. T. E. Jessop. New York, Greenwood Press, 1969.
- Bickel, Gisele. "La alegoría del pensamiento." *MLN* 88 (1973) 295-316.
- Borges, Jorge Luis. *Inquisiciones*. Buenos Aires: Proa, 1925.
- . *Discusión*. Buenos Aires: Emece, 1964.
- . "The Assumption of Reality." Trad. Norman Thomas di Giovanni en colaboración con el autor. *Tri-Quarterly* 25 (1972) 194-199.
- . *Ficciones*. Buenos Aires: Emece, 1956.
- . *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza; 1979.
- . *Obra poética 1923/1977*. Madrid: Alianza Tres, 1985.
- Echevarría, Arturo. *Lengua y literatura de Borges*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Hume, David. *A Treatise of Human Nature*. Ed. Selby-Bigge. Oxford: Oxford UP, 1975.
- . *An Inquiry concerning Human Understanding*. Ed. C. W. Hendel. Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1955.
- Kemp Smith, Norman. *The Philosophy of David Hume*. Ed. Lewis White Beck. New York: Garland, 1983.
- . "The Naturalism of David Hume," *Mind* 14 (1905) 149-173.
- Mills, R. S. "The Theme of Scepticism in Borges's 'Tlön, Uqbar, Orbis Tertius.'" *Studies in Modern Spanish Literature and Art Presented to Helen F. Grant*. Ed. Nigel Glendinning. London: Tamesis Books, 1972, 127-138.
- Stabb, Martin. *Jorge Luis Borges*. New York: Twayne Publishers, 1970.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Trad. D. F. Pears & B. F. McGuinness. London: Routledge Kegan & Paul, 1961.